

ESCRIBIENDO EN LA PAZ DE LA LÁMPARA (José de Arteche)

Antton Obeso

Cuando finalizaba la lectura de un libro lo metía en el bolsillo de su chaqueta y, del otro bolsillo, sacaba otro y continuaba leyendo, mientras viajaba diariamente a su lugar de trabajo, desde Zarauz a San Sebastián en el ferrocarril de la Costa. Sin embargo, el afanarse en esta ocupación no fue óbice para hacer amistad con compañeros de viaje y, sobre todo, para estar atento y percibir las mil vicisitudes que suceden en un tren que traslada a caseras que llevan el "trato" a la ciudad, viajantes de comercio, burócratas de la capital, caseros, dependientas, telefonistas, modistas, estudiantes y tanta gente que, en aquellos años cuarenta, utilizaban masivamente este medio de transporte.

José de Arteche, no se aburría. Le bastaba con tener un libro en la mano y sentirse feliz, relativamente feliz, sentado junto a la ventanilla. Y, para un hombre que se siente escritor, uno de los recorridos más interesantes y simpáticos del mundo –según su opinión–, no se podía desaprovechar y, de tal odisea, surge de su pluma uno de los relatos más deliciosos: "Mi viaje diario". Nada se le escapa a su atención, desde el carácter diverso de los viajeros que le acompañan, el estado desvencijado de los vagones, a veces sin calefacción en invierno y con goteras si llovía, el río Oria, que largamente lindaban en el recorrido, recordando su historia si viene a mano: Urdaneta –cuenta Arteche–, conquistador de los espa-



Homenaje a José Arteche en el Día del Libro del año 1968 en la Biblioteca Municipal de Pasajes Ancho. Intervinieron: Pilar Cuadra, Miguel Pelau Orozco y también Arteche.

En la fotografía, de izquierda a derecha: 1. Juan Luis Valverde (Teniente Alcalde de Pasajes Ancho) 2-3. Manoli González Ozaita y Ana M^a Arazuri (Librería Manoli). 4. Miguel Pelau Orozco, escritor 5. Pilar Cuadra, escritora 6. José de Arteche, escritor 7. José M^a Donosty (Cronista oficial de San Sebastián). 8. Andrés Aramendi (Alcalde-Presidente de Pasajes). 9. Antonio Valverde, pintor y escritor. 10. M^a Altamira Puente, Bibliotecaria de Ancho.

Fotografía: Archivo público Editorial Auzamendi

cios del Océano Pacífico, aprendió a nadar en sus aguas; la impresión que le produce, desde la ventanilla, la puesta de sol por detrás de Orio, un sol nórdico –dice– de brillo muy tenue; el blanco caserío que se divisa por entre un choperal, a la derecha del río, entre Aguinaga y Orio; el fotógrafo ambulante, en los meses de verano, que con su aparato portátil se desplaza a la playa de Zarauz; el vagabundo solitario; la guardabarrera, a la que un día sorprenden llorando sin poder conocer el motivo que la aflige; los recadistas, que proliferan como consecuencia de la guerra, curiosa profesión –comenta–, algunos comenzaron haciendo recados y terminaron comprando camiones de transporte; y apunta, de refilón, el arte que se acoge en los pueblos del recorrido: el retablo de la iglesia de Usúrbil, la imagen de la Magdalena en Orio, el Cristo de Añorga, etc.; el chico de los periódicos que va de vagón en vagón vendiendo los diarios, personaje que bien pudiera salir de las páginas de una novela de Saroyan; el recibimiento en el andén de la estación de Orio al pelotari Salsamendi III después de uno de sus triunfos; la vivencia que cuenta un boxeador vasco que, emigrado a Cuba, sin recursos económicos, hambriento, entra en una iglesia para solicitar ayuda divina, y surge en el momento un sacerdote, vasco también, que sin mayor requerimiento le toma como sacristán, historia que bien puede recordar un relato de Somerset Maugham; en fin, tantos sucesos, hasta su encuentro con el bertsolari Basarri al que, desde entonces, le uniría una gran amistad.

“Mi viaje diario” está escrito sobre la marcha, sobre la marcha del tren que, diariamente, le llevaba a su trabajo de empleado de banco. Agudo observador, va tomando nota de cuanto sucede para después plasmar con acertadas pinceladas sobre el papel. Así era José de Arteche, infatigable, con una dedicación más que voluntariosa a la tarea de escribir. Él se sentía, por encima de todo, escritor. Tanto es así, que, en situación tan desquiciante y sin futuro previsible como es una guerra vivida en la rotura de una trinchera en el frente de combate, fue capaz, anotando en cualquier papelajo que encontraba a mano, haciendo simples apuntes de primeras, escribir, en definitiva, ese impresionante relato que es “El abrazo de los muertos”, uno de los documentos más interesantes que se han escrito sobre la guerra civil española.

Esta actitud de anotar los acontecimientos del momento, de escribir sobre la marcha, cabría pensar en una falta de profundi-



dad en su expresión literaria, y nada más lejos. Elcano, Legazpi, Lope de Aguirre, San Ignacio de Loyola, son, entre otros, personajes que con su circunstancia histórica pasaron por la pluma premiosa de Arteche en libros y artículos. En “Saint-Cyran” pone el dedo en la llaga al denunciar, con la mayor valentía, la opresora influencia jansenista que cayó como una losa con su ramalazo fundamentalista sobre la sociedad vasca. Es una lástima que, habiendo sido Arteche hombre de reconocido espíritu cristiano, él siempre se declaró así, no fuera tomado en la debida consideración en los círculos correspondientes de aquellos años en que se publicó su “Saint-Cyran” pues quizá hoy los acontecimientos serían muy distintos. También Arteche se siente víctima de esta educación desquiciada. Sin embargo, en el análisis, sereno, profundo y prudente, que hace del mismo, sabe asumir su pasado y reconciliarse con él. O con parte de ese pasado. Pues siempre hay algún valor a tomar en cuenta. Y refiriéndose al aspecto religioso, y no al político, específica, Arteche no reniega de esa manera de ser impregnada de austeridad sino, al contrario, se siente orgulloso –llega a decir.



Escribía sobre la marcha, de un tren, de los sencillos acontecimientos de cualquier día, de la vida, del pensamiento. Sentía la responsabilidad de escribir. Sabía que en la soledad y en el silencio estaba su libertad y su fuerza. En la vida hay que andar sólo —decía—, sin compromisos con nadie, sólo con Dios y con uno mismo. Su familia constituye el refugio y el reposo para su espíritu. Se siente en paz escribiendo bajo la luz de su lámpara. Y en “Canto a Marichu” nos habla de su mujer, de sus hijos, de su familia, de su vida. En infinidad de artículos, y en los libros “Caminando” y “Mi Guipúzcoa” sobre todo, deja translucir su amor por la tierra que le vio nacer. Y escribe cientos de artículos en vascuence donde también, a la vez que nos habla de sus sentimientos por su tierra, nos dice asimismo, como intelectual, de su vocación universal.

Todo su estilo de escritor lo reflejó de algún modo en esta revista, OARSO. Artículos como “El aureskolari de la Virgen”, “Un toro en la vieja Rentería”, “El arbolito”, donde en los años sesenta comenta su preocupación por el fenómeno social de la inmigración abogando por una pacífica convivencia, expresan su sentir y su amor por la vida.

Se interesa por la gente sencilla. Y, en “¡Portar bien...!” su pluma matiza como un pincel en un lienzo rasgos de profunda humanidad de esos seres anónimos que pasan a nuestro lado y sobre los cuales apenas reparamos.

De su extensa obra literaria, quizá, “El abrazo de los muertos”, sea la más personal, la de mayor calado íntimo, y la más espontánea. Atrapado por las circunstancias del momento, el destino le situó también ante la tremenda encrucijada que supuso para todos la guerra civil. Obligado a tomar una decisión optó por la que le dictaba su conciencia, a pesar de sus sentimientos, y sabiendo, seguramente, que el camino que tomaba tampoco era el acertado, pues, acaso, no había camino acertado alguno. Y de esta situación dolorosa, para un hombre sensible y de profunda fe religiosa, surge este estremecedor relato.

Con un estilo literario de pasmosa sencillez y a impulsos de corazón ya que, como hemos apuntado, tomaba nota de los acontecimientos como si de un fotógrafo se tratara que fuera grabando en la retina del objetivo de su cámara los instantes que sucedían ante su vista, Arteche fue dejando testimonio de ese horror, de esa locura y del infierno que supuso el enfrentamiento fratricida. La guerra civil —en palabras de Arteche— que repentinamente descubre el sanguinario secreto de los corazones y, en un instante, coloca a los hombres a uno u otro lado de las barricadas.

Obligado a optar por uno de los lados, hubo quienes no supieron comprender que hay hombres que deciden su destino en la soledad de su propia conciencia, con todo el dolor sentimental que ello puede suponer, y le volvieron la espalda.

Y, cuando regresa de la guerra, sabe que su vida está en los libros, en el viaje diario, en las gentes sencillas que pasan a su lado y que toman el tren cada mañana temprano para, como él mismo, acudir al trabajo. Las cosas más humildes son las más adorables. No quiero sino la paz —dirá. Sabe que la verdad está ahí.

Han transcurrido ya veinticinco años desde el día en que José de Arteche nos dejó. Y puede que sea momento de retomar su obra con la debida responsabilidad ya que su mensaje sigue todavía con evidente vigencia. ✍